

limpieza y buen orden de las habitaciones como por la fecundidad del suelo y la hermosura de los paisajes. Bajo este doble aspecto, ni Bengala ni Zanzibar tienen nada mejor. El poseedor de este sitio es un tío de Mtesa, perdonado por el difunto rey Sunna á su advenimiento al trono. Sentí que estuviera ausente, aunque la especie de mayordomo encargado de reemplazarlo me alojó en su *baraza* (choza de recepción), y en medio de sus muchas excusas sobre las faltas involuntarias de hospitalidad, me regaló sin cesar, cabras, gallinas, batatas, bananas, caña de azúcar y maíz. No hay que decir que esta atención le valió algunos paquetes de abalorios.

19 de enero. *Semizabi*.—Nos detenemos en el territorio de uno de los *vuakungus* ó delegados de Rumanika. Su residencia estaba tan perfectamente arreglada como la del tío de Mtesa. Pero en vez de tener una *baraza* delante de su casa había construido lo que segun las nociones de los negros equivale á una iglesia, á saber: un estrecho recinto con tres chozas pequeñas y separadas para los diversos ejercicios del culto. Hacen bailar delante de nosotros á varias pobres (*ewishwezi* segun unos, *mabandwa* segun otros), estravagantemente vestidas de mbugus, cubiertas de abalorios y de varitas pintadas y nos cantan al mismo tiempo una canción cómica, cuyo estribillo, con el cual se interrumpe la danza, consiste en una especie de arrullo agudo prolongado hasta lo infinito. Las funciones que estas mujeres desempeñaban, participan de la oscuridad que entre los negros reina en todo lo que concierne á la religion. Segun los unos se ocupan en espulsar los demonios, segun los otros preservan del «mal de ojo.» Lo cierto es que sacan una contribucion á aquellos seres candorosos, que sienten la necesidad de imponerse un sacrificio cualquiera para conciliarse la benevolencia de una divinidad que no saben definir, pero á quien suponen capaz de infuir para bien ó para mal en los destinos de este mundo.

20 de enero. *Kisueré*.—Llegamos al último límite de los dominios de Rumanika. Al otro lado del grupo de montañas donde está situado Kisueré comienza el reino del Unyoro. Aquí es donde Baraka debe separarse de mí para presentarse á Kamrasi. Maula, cuya residencia está á una jornada de marcha, me deja plantado bajo el pretexto de advertir á Mtesa por medio de un mensaje, á fin de que el monarca disponga los medios de proteger nuestra marcha. «Los vuagandas, me dice, son una raza turbulenta y no respetan á nadie si no se les intimida con el verdugo; y cuando yo os haya anunciado, Mtesa mandará sin duda cortar la cabeza á cierto número de sus súbditos para inspirar á los demás un terror saludable.» Yo sabía muy bien lo que valian estas jactancias, y le dije francamente que no creía nada de lo que me con-

taba; pero viéndome abandonado á mí mismo, me fue preciso hacer alto.

Del 20 al 24 de enero.—El 23, un oficial llamado Maribu vino á decirnos que Mtesa, movido de su deseo de ver «hombres blancos,» le había encargado de ir á buscar á Grant, que decían se había quedado en el Karagué á causa de su enfermedad, y llevarsele cueste lo que costare. Aprovecho la ocasion para escribir á mi compañero que se ponga en camino si puede con nuestras mercancías mas preciosas. Le digo que desconfie de las observaciones de Rumanika sobre las dificultades de un viaje por el Uganda. Los enfermos son admitidos en este pais sin el menor escrúpulo, no obstante las aserciones en contrario que en otro tiempo hacia el rey del Karagué. Añado, que si no puede moverse, me aguarde hasta que yo pueda llegar al territorio de Mtesa, que entonces subiré por el lago y el Kitangulé para ir en su busca, ó á lo menos suplicaré al rey que le envíe barcos; de esta manera el viaje por agua nos permitirá explorar el lago mas detenidamente.

24 de enero. *Nyagussa*.—Dos ó tres mensajes, cada vez mas imperiosos, terminan por traerme á Maula, á quien por fin obligo á ponerse en marcha. Nos conduce directamente á su casa, residencia muy agradable, donde pone á mi disposicion una choza grande y bien conservada. Merced á sus cuidados, mi gente y yo tenemos bananas á discrecion. «Ahora que estamos en el Uganda, me dice nuestro huésped, no tendreis ya que pagar vuestra manutencion: por donde quiera que paseis, el oficial del distrito tiene obligacion de proveeros de bananas, y á falta de esto, vuestra gente puede recogerlas en los huertos, porque tal es la ley del pais en lo que concierne á los huéspedes del rey. Todo el que fuere sorprendido haciendo pagar la menor cosa, ya á vos ya á vuestra comitiva, sufrirá un castigo ejemplar.»

A consecuencia de esto suspendí inmediatamente la distribucion diaria de rocalla. Pero apenas habia tomado esta medida, mi gente se declaró enemiga de la banana. «Los vuagandas, decían, pueden contentarse con ese alimento, al cual están acostumbrados, pero con semejante régimen, nosotros no podemos satisfacer el hambre.»

Maula, viendo que hago preparativos de marcha, me suplica que tenga paciencia y espere la vuelta del mensajero enviado al rey, es decir, unos diez dias. Aunque incomodado por este retraso absurdo, debo resignarme y plantar mi tienda. En cambio rehuso las bananas, y mi gente, á quien distribuyo abalorios, tiene orden de comprar cada dia su racion de grano. Maula me anuncia que va á pasar unos dias con un amigo y que volverá sin falta. Le respondo que hará bien, porque estoy decidido á no esperarle. A pesar de su cortesía afectada y de sus perpétuas

sonrisas, nuestra conferencia termina muy poco amistosamente.

26 de enero.—Estoy todavía aterrado del ruido de los tambores, cánticos, gritos, ahullidos y danzas, que no han cesado en dos dias y dos noches. Trátase de espulsar á un *phepo* (demonio) de la aldea, el cual les perseguia con su presencia. Todas las ceremonias tienen en este pais un carácter grotesco. Dos viejos, hombre y mujer, embadurnados con un barro calcáreo, y teniendo en las rodillas jarros de pombé, estaban sentados delante de las cabañas á donde les llevaban sin cesar cestas llenas de bananas en dulce y nuevos jarros de cerveza. En la plazuela, en frente de ellos, se veían muchos centenares de hombres y mujeres, vestidos de elegantes mbugus, los hombres llevando á guisa de turbante ramas de glicina artísticamente trenzadas en que se veían de trecho en trecho colmillos de jabalí pulimentados y brillantes. Toda esta gente, completamente embriagada, trataba de espulsar al diablo haciendo un ruido infernal. Entre estos estaba Kachuchu, el embajador de Rumanika, á quien habia visto salir del palacio del Karagué para anunciar mi visita al rey del Uganda. Dijome que habia traído consigo otros dos vuakungus de Mtesa con orden de llevar mi caravana y la del doctor K'yengo á la presencia del rey. «Este príncipe, añadió confirmando en esto lo que habia dicho Maula, tiene tal deseo de veros, que al saber vuestra próxima llegada, ha condenado á muerte á cincuenta nobles y cuatrocientos plebeyos, porque segun él, si no ha recibido ya la visita de los hombres blancos, la culpa la tiene el mal carácter de sus súbditos.»

27 de enero.—Ha venido N'yangundu mi antiguo conocido del Usui, y pretende que él ha sido el primero en informar á Mtesa de nuestra llegada al Usui y de la visita que íbamos á hacerle. «¿Es cierto, exclamó el monarca, que el Mzungu quiere verme?» Y le mandó dar cuatro vacas para que me las enviase sin detenerse, recomendándole que me llevase á su presencia lo mas pronto posible; «las vacas, añadió N'yangundu vienen hácia Kisueré por otro camino, pero yo dispondré que las recibais aquí, y mientras continuais vuestro viaje escoltados por Maula, yo me encargo de ir en busca de Grant...»

Esto no me convenia, y le dije francamente que cansado de la conducta de Maula, renunciaba á tenerle por guia. N'yangundu me ofreció entonces dejarme algunos de sus «hijos» que me sirviesen de guia, añadiendo «que las órdenes del rey no serian cumplidas si una parte de nuestra caravana se quedaba atrás.» Largo tiempo discutimos de esta manera, yo para llevarle conmigo y él para ejecutar á la letra la mision de que estaba encargado. Al fin hice valer mi autoridad, superior á la de mis «hijos» y esto ter-

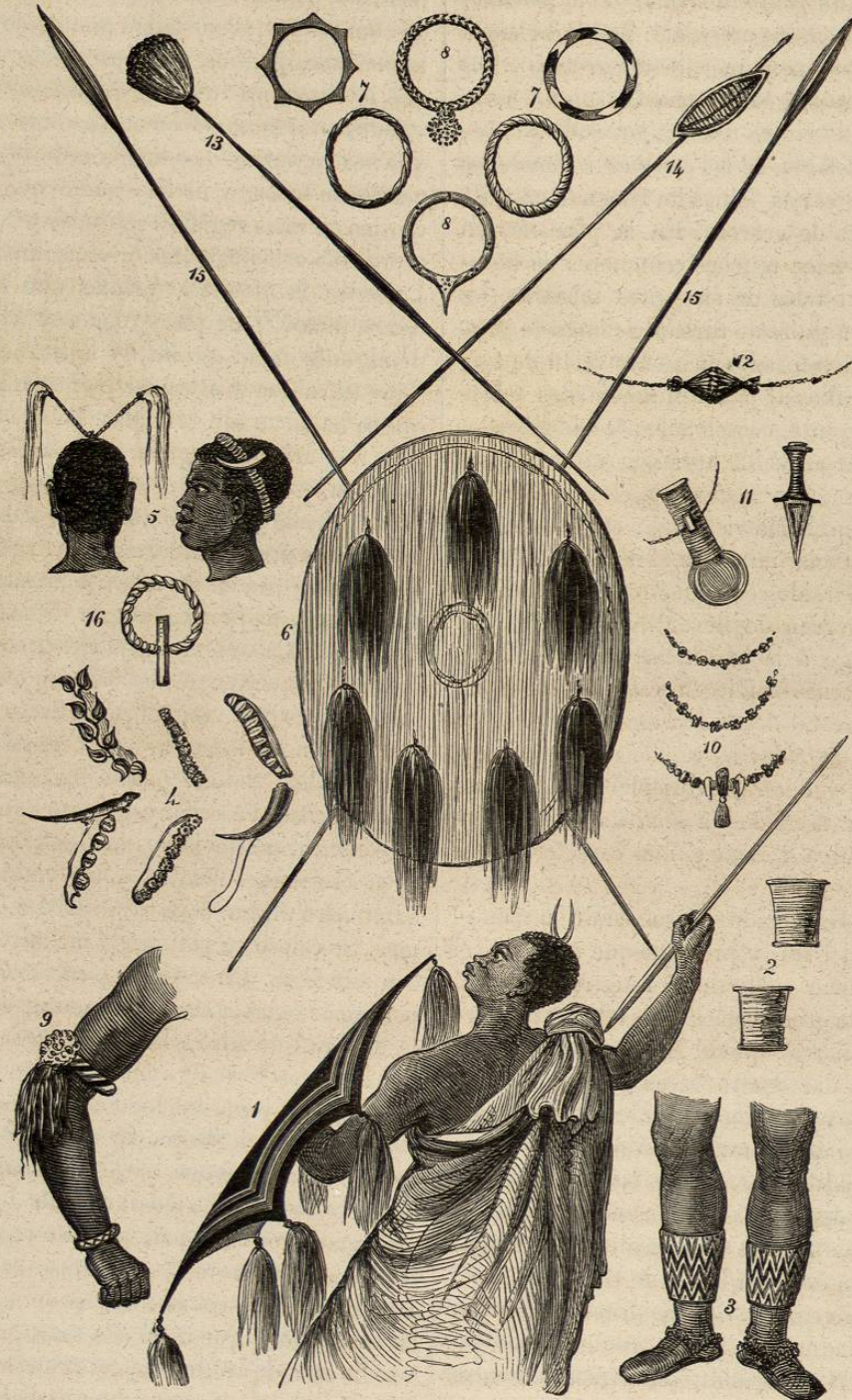
minó la discusion, conviniendo en que marcharíamos á la mañana siguiente, tan luego como hubieran llegado las vacas de Kisueré.

28 de enero. *Mashondé*.—A la hora convenida, N'yangundu no habia parecido todavía, lo cual me disgustó, porque temia que Maula viniera á disuadirle de cumplir lo que me habia prometido. A las doce de la mañana, perdida ya la paciencia, dije á Bombay que levantase mi tienda y diera la orden de marcha. «¿Quién nos guiará? me preguntó. ¿Cómo quereis que nos vayamos? Los hombres de Rumanika se han marchado todos, y no hay nadie que nos enseñe el camino en estas regiones retiradas.» No respondí sino repitiendo estas palabras: «No os importa. Obedeced. Levantad la tienda.» Viendo que Bombay continuaba inmóvil, me puse yo mismo á la obra asistido de algunos de mi escolta, y la tienda cayó en breve sobre su cabeza y sobre las mercancías y las mujeres que se hallaban allí reunidas. Bombay fuera de sí se puso á injuriar á los que me ayudaban, reconviéndoles su estúpida imprudencia, porque decia «que bajo la tienda y al lado del hogar habia cajas de pólvora.» Fue preciso enfadarme con aquel servidor recalcitrante, que en su cólera amenazaba rechazar á palos á los que querian, segun decia, hacer volar la tienda. «Callaos, le dije, no teneis derecho para insultar á los que me obedecen, y que valen por consiguiente mas que vos; si quiero hacer volar la tienda, mia es, y no os importa, y si persistís en desconocer mis derechos, os haré volar á vos tambien.» Bombay, que comenzaba á echar espuma de rabia, declaró que no consentiria semejantes insultos; fue preciso recurrir á los grandes medios, y por via de advertencia le administré un puñetazo en la cabeza. Esto le exasperó mas. Se colocó en posicion y me miró de arriba abajo con aire feroz. Un segundo puñetazo le hizo titubear, pero como todavía mantuviese su aspecto amenazador, le dí otro que hizo correr la sangre. Nuestro hombre entonces tocó retirada con aire mohino protestando que dejaría inmediatamente mi servicio. Nasis recibió orden de ocupar su lugar y ponernos en camino, pero el buen viejo determinó á Bombay á ceder y marchamos en medio de una multitud de vuagandas reunidos para asistir á aquella comedia en que se repartian tantos puñetazos en la cabeza como parodiando las estrañas maneras del «hombre blanco.» N'yangundu, que llegó á la sazón, nos pidió todavía un dia mas de tregua bajo el pretexto de aguardar la llegada de sus mujeres, que se habian quedado en Kisueré; pero Bombay, llevándose la mano á la nariz, un poco mas aplastada que de ordinario, le contestó: «No, no, mirad lo que han valido vuestras mentiras. No volveré yo á encargarme de dar al Bana las razones que vos tengais para hacer alto. Podeis si os place decírselas vos mismo.» N'yangundu sin embargo no

uzgó conveniente seguir este consejo y contin uamos la marcha como si nada hubiera pasado. Aquella fue la primera y la última vez que yo me propasé á dar

por mí mismo una correccion manual, á la cual habia tenido que resolverme por no comprometer el prestigio de mi autoridad. En efecto, si con frecuencia

UGANDA: ARMADURAS Y ADORNOS.



1 Guerrero.—2 anillos de marfil para las piernas.—3 adornos de las piernas del rey.—4 y 5 Adornos de cabeza, diademas y guirnaldas para los hombres.—6 y 15 Escudos y dardos.—7, 8 y 10 Collares.—9 Brazaleto-amuleto del rey.—11 Puñal de mujer.—12, 13 y 14 Amuletos.—16 Nudo de cuerda hecha de piel de serpiente.

habia tenido que administrar ciento ó ciento cincuenta latigazos á éste ó al otro de mis servidores por delito de robo, no podia sufrir sin abrir una gran brecha en la subordinacion gerárquica, que Bombay

fuese castigado por uno de sus subalternos; era preciso que le castigase yo mismo.

Siguiendo la falda de las montañas á nuestra izquierda, y dejando á la derecha una vasta llanura

cortada por muchas lagunas, nos detuvimos en una aldea situada al pie de un montecillo, desde lo alto del cual ví por la primera vez las aguas del Victoria-N'yanza. N'yangundu, aprovechando la leccion de aquella mañana, me trataba con gran cortesía, no cesando de arrodillarse al dirigirme la palabra, y encomendando á todos sus «hijos» que velasen sin cesar por la seguridad y buen orden del campamento.

29 de enero. Ukara.—Salvo la travesía de las la-

gunas, penosa algunas veces, y siempre frecuente, el viaje continuó bien por entre fértiles campos, cuyos dueños huian al ruido de nuestros tambores, temiendo ser presos y castigados si se permitian poner los ojos en los huéspedes del rey. Ni aun en Ukara vimos á un habitante. Sus cabañas nos fueron distribuidas á mí y á mi gente sin mas ceremonia. Los vuan yambos de la escolta cogian en ellas todo lo que les convenia, y me costó gran trabajo evitarlo, porque de-



Márgenes del Kitangulé.

cian «que aquellas eran represalias de lo que muchas veces habian hecho los vuagandas en el Karagué.» Por otra parte, las leyes del pais en que estábamos daban el derecho de vivir á costa de los habitantes, y no les gustaba que yo restringiese el ejercicio de este derecho.

30 de enero.—Hacemos un alto indispensable para esperar á las mujeres de N'yangundu. Recibo una carta de Grant, traída por un bello jóven que lleva rodeada al cuello la piel de un serval (1), adorno que solo pueden llevar los individuos de regia estirpe. N'yangundu ofendido de esta usurpacion, manda á

sus hijos que arranquen al mensajero de Grant el signo honorífico de que sin derecho se ha revestido. Dos hombres de mala catadura le cogen las manos y se las tuercen en todos sentidos varias veces hasta desencajarle las articulaciones. Su víctima se resiste sin decir una palabra y sin dar el menor grito, hasta que N'yangundu les manda cesar diciendo «que va á formar causa regular y á oír la defensa del reo.» Éste se sienta en tierra entre los dos sayones que no le han soltado aun, y N'yangundu, cortando una vara larga en pedazos de iguales dimensiones, que representan cada uno un grado genealógico, empieza á formar la lista completa de los antepasados del jóven. Por ella queda establecido, sin contradiccion

(1) Especie de gato-tigre.

posible, que no pertenece á ninguna de las ramas de la familia reinante. «Y ahora, prosigue N'yamgundu dirigiéndose á nosotros, ¿cómo expiará su loca presunción? Si el negocio se viese ante el tribunal de Mtesa, sin duda le cortarían la cabeza; por consiguiente, aun debe dar gracias de que no se le castigue mas que al pago de cien vacas.» Todo el mundo fue del mismo parecer, incluso el acusado que se sometió al fallo pronunciado contra él, y se dejó quitar pacíficamente por los dos feroces *polizontes*, el ornamento ilegal que le costaba tan caro.

31 de enero. *Meruka*.—Esta aldea, situada en varias alturas admirables coronadas de bella y variada vegetación, sirve de residencia á ciertos grandes personajes, de los cuales el principal es un tío del rey: cambiamos algunos presentes con ellos, y yo pasaria de buena gana un mes en este hermoso territorio, cuya temperatura es agradabilísima, cuyos caminos son anchos y están bien conservados, las casas perfectamente limpias y las huertas y jardines cultivados con perfección. Los paseos que he dado al acaso me han mostrado por todas partes la abundancia y hasta la riqueza. Mirando el paisaje de formas pacíficas, aquellas blandas ondulaciones del terreno, me imaginaba que todo el país había debido hallarse en una época anterior al nivel con las alturas donde está la aldea; débese sin duda á la acción incesante de las aguas la formación de sus risueños valles y de sus cuevas llenas de arbolado. En efecto, no se ven allí esos barrancos profundos, esos *dykes* vitrificados que en el Usui y el Karagué cortan con sus relieves atrevidos las formaciones acuosas y señalan la presencia de agentes volcánicos.

1.º de febrero. *Sangua*.—Para atravesar los barrancos húmedos y fangosos que se presentan á cada paso, era preciso descalzarse tres ó cuatro veces por hora, y yo he andado una gran parte del camino llevando las medias y los zapatos en la mano. Los «hijos» de Rosaro, envalentonados por la impunidad, se han hecho cada vez mas incómodos y echan mano á todo lo que les conviene en las aldeas por donde atravesamos. Al llegar á Sangua he encontrado á muchos puestos en prisión por algunos de los habitantes mas valerosos y menos pacíficos que los demás. Por su rescate exigían dos esclavos y una carga de rocalla. Envié á mi gente á informarse de lo que había pasado con órden de traer á mi presencia á los acusados y á los acusadores, á fin de hacer justicia. Pero los tunos, atribuyéndose el derecho de alta y baja justicia, recibieron á tiros á los paisanos vuagandas y pusieron en libertad á los ladrones. El principal oficial de la aldea presentó una queja en regla contra N'yamgundu y me envió una invitación para que hiciese alto; pero no quise consentir en ello, y para cortar la diferencia, contesté que se elevara la queja ante el

gobernador general Pokino, á quien debíamos encontrar en la parada siguiente.

2 de febrero. *Masaka*.—Cuando llegamos á la residencia del gobierno (un grupo considerable de cabañas de césped separadas unas de otras por grandes recintos y que cubrían toda la cima de un monte), se me previno que me retirase á alguna distancia á las habitaciones que se me habían preparado para esperar en ellas la visita de su excelencia, que á la sazón se hallaba ausente. Al día siguiente tuvo efecto esta visita con todas las formas de etiqueta. El gobernador, seguido de un gran número de oficiales, me llevaba una vaca; hizo además dejar delante de mi tienda muchos jarros de pombé, enormes cañas de azúcar y una buena provision de café, que el país produce en abundancia. Allí brota en árboles copudos en que las habas se adhieren á las ramas por paquetes semejantes á los que forman los granos del agrifolio.

Presentado en toda regla, se me dijo que la autoridad del gran personaje con quien tenia que entenderme se estiende á todo el país comprendido entre los rios Katonga y Kitangulé. El suceso de Sangua le fue sometido inmediatamente despues de las primeras formalidades, y condenó á los aldeanos, que segun las leyes del país no podían jamás creerse autorizados á poner la mano sobre uno de los huéspedes del monarca. Maula, que llegó justamente entonces, maltrató de palabra á mi pobre N'yamgundu. Esto no podia convenirme, y despues de una sincera esposición de los hechos que ya el lector conoce, rogué á Pokino que espulsara de mi campamento á aquel guia indócil, á quien no queria tener á mi lado por ningun precio. Su excelencia no juzgó que esto fuera posible despues que el rey había nombrado á Maula para guiarme; pero reconvinendo á Maula por «haber dejado así marchar al pájaro que había tenido en la mano,» le relegó al segundo lugar, y decidió que marcháramos guiados en primer lugar por N'yamgundu. En cambio de un paquete de alambre que me permití ofrecerle, me dió tres grandes cobertores de mbugu, de los cuales me dijo «que tendria necesidad para atravesar los muchos arroyos que había de encontrar en el camino.» Arreglado todo, fue preciso aun esperar veinte y cuatro horas mas, porque muchos hombres de mi escolta tenían el frio de la calentura que habían tomado, segun todas las apariencias, en los abominables pantanos por donde habíamos atravesado en el espacio de muchos dias seguidos. Por lo demás, los alimentos no nos faltaban. En ninguna parte había visto tantos bananeros. Sus frutos cubrían materialmente el suelo, aunque los cerveceros del país trabajaban desde la mañana hasta por la noche, y aunque los bebedores se atascaban además de bananas cocidas.

La vista de Kituntu, donde me detuve todo el día 7, es bellísima y sorprendente; la mirada desde allí abraza no solo el Uganda, sino tambien la grande isla ó el grupo de islas llamado Sesé, donde echan el áncora las escuadras y barcos que mantiene el rey. Al día siguiente ví llegar á Mbulé varios muchachos que á escepcion de un mechón redondo encima de cada oreja llevaban la cabeza completamente afeitada. Eran pajes de S. M. que me llevaban tres varitas, á cada una de las cuales, segun el uso de los magos del país, debía yo dar alguna virtud ó hechizo. Prometo hacer lo posible tan luego como haya ido á palacio, diciendo «que por la distancia á que me hallaba temia que abortasen todos mis esfuerzos.» Al día siguiente bajamos al valle del Katonga, donde en vez de un ancho rio, como los árabes me le habían descrito, no hallé mas que un conjunto de fosos, lagunas y pantanos, separados por islas de fango que tuve que atravesar á pie durante dos horas largas.

XI.

Llegada al palacio del Uganda.—El rey Mtesa y su córte.

Del 9 al 13 de febrero, aquel maravilloso país me presentó el mismo aspecto de fecundidad. En el camino no disminuye el número de corrientes de agua, pero estas incomodan menos al viajero, porque en muchas de ellas han colocado pasaderas de bambúes ó de troncos de palmeras.

El 13 encontramos una corriente de agua que tenia de anchura lo menos 274 metros. Era el rio Mwarango, cuyo aspecto hizo desaparecer todas las dudas que me quedaban acerca de la verdadera direccion de los torrentes que había atravesado desde la laguna de Katonga. Entonces ya no dudé, porque aquella masa de agua corria evidentemente hácia el Norte. Llegaba pues á la pendiente setentrional del continente y había descubierto al parecer uno de los brazos del Nilo que salen de N'yanza. Mandé observar á Bombay la direccion de la corriente, y reuniendo á la gente del país, discutí con ellos el asunto, persuadido íntimamente de que solo el N'yanza podia alimentar una corriente de aquella importancia. Todos se adhirieron á esta idea, y me aseguraron además que el Mwarango se dirigia en el Uñoro hácia el palacio de Kamrasi, y que allí desembocaba en el N'yanza, es decir, prescindiendo de la confusion de términos que emplean, en el Nilo mismo, considerado como un anejo y una prolongacion del Gran Lago.

El 19 por fin, llegamos, despues de una jornada, á la vista del *Kibuga*, ó palacio real del Uganda, situado en la provincia de Bandawarogo, á los 0° 21' 19" de latitud Norte, y 30° 20' de longitud Este. Presentaba un espectáculo imponente. Había una colina

entera cubierta de chozas elevadas como no las he visto iguales en el continente africano. Quise ir inmediatamente á palacio, pero los oficiales encargados de mi persona se opusieron enérgicamente diciéndome: «No, eso seria una grave inconveniencia, segun las ideas admitidas en nuestro país. Debeis colocar en batalla vuestros hombres y mandarles hacer una salva de fusilería para que el rey sepa que habeis llegado; en seguida os conduciremos á la habitacion que os está señalada, y el rey enviará á buscaros tal vez mañana, porque la lluvia impide ahora que se verifique el besamanos de costumbre.» Mandé á mis hombres que hicieran fuego, y despues nos condujeron á un grupo de chozas bastante sucias que habían sido construidas especialmente, segun me aseguraron, para alojar á los huéspedes del rey. Allí se detienen siempre los árabes cuando hacen sus visitas periódicas, y me dijeron que yo debía obrar del mismo modo.

Aquella asimilacion no me convenia, y reclamé mis derechos de príncipe extranjero, cuya sangre real no puede sufrir semejantes humillaciones. Dije que el palacio del soberano era mi verdadera habitacion, y que si no podia obtener en él una cabaña, me volveria sin haber visto al rey.

Aterrado N'yamgundu por aquel altanero lenguaje, se prosternó ante mí y me suplicó que no me comprometiese dando un paso precipitado. El rey no sabia aun quién era yo, y por entonces no podia llegar hasta él. Segun N'yamgundu, yo debía contentarme por de pronto con lo que me había ofrecido, y despues sin duda el príncipe bien informado, satisfaria mi deseo, aunque hasta entonces ningun extranjero había sido admitido en el real recinto.

Yo cedí á las súplicas de aquel hombre, y mandé limpiar mi choza, porque en aquellas regiones caniculares, todas las habitaciones están llenas de esos insectos saltadores que los rusos llaman «húsares negros.» Cuando quedé instalado, llegaron á galope unos pajes de la casa real para visitarme y decirme de parte del rey «que estaba afligido por no haber podido ir á recibirme á causa de la lluvia, y que me veria al día siguiente con la mas viva satisfacion.»

Irungu, con toda la embajada de Suwarora fué á ocupar despues varias chozas próximas á la mia, y durante la noche, sin cuidarse de que iba á quitarme el sueño, entró en mi habitacion seguido de todas sus mujeres para pedirme objetos de vidrio.

20 de febrero.—El rey me avisó que hoy había besamanos en honor mio, y yo me vestí con arreglo á las circunstancias; pero debo confesar que mi traje era bastante humilde comparado con los de los vuagandas que se adornan mucho. Sobre su primera túnica de corteza, cuya tela se parece á nuestros mas finos tejidos de lana amarilla, y que se conserva como si estuviera ligeramente almidonada, llevan á